

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 1920

Nº 13

Don Benito

UN día del pasado enero, un cable de París dijo: «El célebre novelista Pérez Galdós, ha muerto».

Con el mismo tranquilo laconismo, quizá con un número mayor de palabras, anunció más tarde la muerte de la esposa de un diplomático como hay muchos, cuyo único mérito estribó probablemente en saludar con aires de reina y en recibir en sus salones con amabilidad también real a todo el mundo.

Después, cada uno de nuestros diarios le concedió un pequeño espacio a la noticia, y comentaron con su indiferencia de comerciantes la desaparición de tan majestuosa inteligencia.

Por ahí alguien, talvez un incondicional admirador de Benavente, escribió así: «Sus obras podrían figurar al lado de las de Valera y de Alarcón». Y más adelante añade que también hizo obra para teatro, pero que en este arte no descolló.

Al leer tales líneas, busqué el olvido de tan vacía opinión en las páginas de Pérez de Ayala a propósito de la representación de Sor Simona, drama de Galdós: y experimenté con ello profunda alegría, porque sentí que Pérez de Ayala ama la obra galdosiana como la amo yo, y porque es éste un alto crítico en cuya labor se encuentran aquellas tres posturas que el hombre serio de verdad toma para juzgar la falta de seriedad de los demás hombres. (*)

Yo no sé de la vida íntima de don Benito, nada más que en sus últimos años estuvo ciego, y de una su hija llamada Ilanda: eso es todo. Pero amo su labor profundamente, y a ratos me ha parecido tan grande como Shakespeare. Lo mismo que el poeta inglés, manejó con sabiduría el egoísmo humano en nobles y plebeyos, en espíritus simples y espíritus altos. La doliente Gloria parece hecha para sobrevivir al siglo en la que viera la luz y quizá perdure tanto como Desdemona u Ofelia, y doña Perfecta alcance la edad de lady Macbeth. «El Abuelo» creeríase forjado en el mismo taller en que otro cerebro trabajó «El Rey Lear».

(*) Véase el artículo de este autor: «Las Máscaras», que se publicará en el próximo número.

Imagino que a este don Benito le fué otorgado el don que yo habría pedido para mí a un genio o a una hada, si genios y hadas no fuesen una hermosa mentira y si uno de ellos se hubiese dignado ofrecerme sus poderes: yo lo habría desdeñado todo por la propiedad de internarme a mi an-



Pérez Galdós

(Visto por BAGARIA).

tojo en los seres que eligiese: ser por la mañana mendigo y en la noche emperador; vivir hoy dentro de la bella mujer que se recrea ante el remanso que hace la luz en su espejo y mañana en la desteñida muchacha que pasea sus ojos hambrientos de ilusión por las calles; sentir como el hombre colmado de honores y el presidiario; ser esta semana una mujer perdida y la otra una santa; ser gusano, nube, agua estancada, flor... Y ante sus libros alineados en el estante, comprendo que este don maravilloso les es concedido a veces a los hombres. Para escribirlos, Pérez Galdós se diluyó dentro de la humanidad, contempló de

cerca su inconsciencia y su misterio.

Nunca he hallado un novelista cuyo método para tirar de las cuerdas que mueven a sus personajes, me haga la impresión del de éste, que se me antoja idéntico al de las divinidades que tiran de las que nos manejan a nosotros los humanos. No hay aquí el pironismo de Anatole, ni la helada sonrisa irónica de Eca de Queiroz. Uno lo imagina sacando sus figuras de la realidad—como quien dice sacándolas de la nada—y moviéndolas con la misma plácida seriedad en el rostro, que había en el de Jehová cuando sopló en la pelotita de arcilla para que Adán fuese sobre el haz de la tierra.

Hay pasajes en donde uno se detiene para preguntarse: ¿es ironía, es sátira, es humorismo lo que hay aquí? No, no es nada de esto: les tan tibio para que sea ironía! ¡Es tan piadoso para que sea sátira! ¡Es tan grave para que sea humorismo! Y uno acaba por responderse: Es la misma amorosa indiferencia con que Dios trata a sus hijos.

Valera y Alarcón están (para mí) entre aquellos creadores de caracteres que hacen exclamar a menudo a sus lectores:—Admirable! Es lo mismo que pasa en estos mundos! Así es con esas flores artificiales muy bien imitadas, las cuales obligan a prorrumpir a quien las contempla en exclamaciones:—Oh! habría jurado que son naturales! Si hasta perfume tienen!

En Galdós no se necesitan interjecciones ni juramentos, porque es como estar en un punto *civilizado* del planeta. Es tan humano lo que acontece en sus libros que uno olvida que lee y cree sencillamente estar viviendo.

Su naturalismo no es el de la escuela de Zola: es el de la naturaleza para la cual no existen escuelas.

Al alcance de mi mano están sus libros.

Mi pensamiento pone el oído y se extasía con el murmullo de vida que sale de ellos: es Marianela que canta, Gloria que solloza, Fortunata la pecadora sin malicia, en conversación familiar con la hostia de la custodia; es la dulce ingenuidad de Jacinta, el epicurismo de mala ley de Juanito Santa Cruz, el estúpido egoísmo de los de Tellería, la tristeza y la honradez de León Roch, la inutilidad de Rai-